

«En el género fantástico,  
Robin Hobb es quien  
marca la pauta.»

ORSON  
SCOTT CARD



# ROBIN HOBB



LA SUERTE  
DEL BUFÓN

EL PROFETA BLANCO III

El fin está muy cerca. Lo único que el príncipe Dedicado necesita es la cabeza del dragón Yama de Hielo. Esa es la sola condición que ha impuesto Elliania para que el matrimonio pueda celebrarse y la guerra pase a la historia. Según la leyenda, Yama de Hielo se oculta en las profundidades heladas de la isla de Aslevjal, de modo que allá se dirigen Traspíe y el excéntrico grupo que escolta al príncipe. Esta vez el bufón no les acompaña. Traspíe lo ha dejado en Torre del Alce y, aunque sabe que lo ha hecho para protegerlo, no puede evitar sentirse culpable. La profecía decía que la mismísima Muerte saldría a su encuentro en cuanto pusiera un pie en la isla donde morara el dragón negro.

Al zarpar el barco, se hace evidente que cumplir la exigencia de Elliania puede causar la división entre los clanes y, cuando la silueta de la isla de Aslevjal asoma en el horizonte, descubren una figura solitaria que les está esperando... ¿Se cumplirá el destino o será posible burlarlo sin poner en peligro el futuro del mundo?

## Prólogo

### La batalla con la muerte

*La premisa del Profeta Blanco parece sencilla. Deseaba orientar el mundo hacia una senda distinta a aquella por la que avanzaba desde hacía incontables iteraciones temporales. Según él, el tiempo siempre se repite, y en cada ciclo las personas terminan por tomar las mismas decisiones insensatas de siempre. Viven el presente, cediendo a sus apetitos y deseos, convencidas de que sus acciones no influyen en la gran urdimbre del todo.*

*De acuerdo con el Profeta Blanco, no podían estar más equivocadas. Toda acción irrelevante y desinteresada empuja el mundo hacia un camino mejor. Una acumulación de actos menores puede alterar el curso de los acontecimientos. El destino puede depender del fallecimiento de una persona. O tomar otro rumbo si esta sobrevive. Y ¿quién era yo para el Profeta Blanco? Yo era su catalizador. El Cambiador. La piedra que él colocaría para sacar de su surco las ruedas del tiempo. Un simple guijarro puede desviar una rueda, me dijo, aunque también me avisó de que no era una experiencia muy agradable para el guijarro.*

*El Profeta Blanco aseguraba haber visto no solo el futuro, sino múltiples futuros posibles, la mayoría de los cuales guardaban una tediosa similitud con los demás. En unos pocos casos, empero, surgía alguna diferencia, a partir de*

*la cual se desplegaba un resplandeciente abanico de nuevas posibilidades.*

*La primera alteración consistía en la existencia de un heredero de los Vatídico, un superviviente. Ese era yo. Oblígame a sobrevivir, salvarme de las muertes que una y otra vez se empeñaban en acabar conmigo a fin de que las ruedas del tiempo retornaran de una sacudida a sus allanadas roderas, se convirtió en su cometido. La muerte y otras experiencias equiparables estuvieron a punto de engullirme en varias ocasiones, pero al final él siempre me hacía regresar, vapuleado y exhausto, para que continuara siguiéndolo. Me utilizaba de un modo implacable, aunque no sin arrepentimiento.*

*Finalmente consiguió retirar la suerte de la senda establecida y orientarla hacia otra que resultaría más beneficiosa para el mundo. O eso decía. Sin embargo, había quien no compartía su postura, gente que preveía un mañana sin heredero de los Vatídico ni dragones. Así, apareció una mujer que se propuso garantizar ese futuro, para lo cual debía deshacerse del necio que se había interpuesto en su camino.*

## 1

## Lagartos

*A veces parece injusto que los sucesos que tuvieron lugar hace mucho tiempo puedan adelantarse al paso de los años, hundir sus garras en nuestra vida y retorcer todo cuanto acontezca después. Aunque tal vez esa sea la verdadera justicia: somos la suma de cuanto hemos hecho y de cuanto se nos ha hecho a nosotros. No existe modo alguno de huir de esa realidad, para nadie.*

*Así, las cosas que el bufón me había dicho se combinaron con aquellas que había callado. El resultado fue la traición que cometí contra él. Sin embargo, creía que actuaba en su beneficio, y también en el mío. Había predicho que si viajábamos a la isla de Aslevjal él moriría, con lo cual la muerte podría intentar devorarme de nuevo. Prometió que haría cuanto estuviera en su mano para cerciorarse de que yo sobreviviera, pues así lo requería el intrincado plan con el que pretendía cambiar el futuro. Pero dado que todavía recordaba demasiado bien mi última refriega con la muerte, sus promesas me parecieron más inquietantes que tranquilizadoras. También me informó con despreocupación de que una vez que arribásemos a la isla yo tendría que elegir entre nuestra amistad y mi lealtad para con el príncipe Dedicado.*

*Quizá podría haber escogido una de las opciones y conservar la entereza de ánimo, aunque lo dudo. Las dos alter-*

*nativas me apesadumbraban y no me veía con fuerzas para soportar la suma de ambas.*

*Por lo tanto, acudí a Chade. Le conté lo que el bufón me había dicho. Mi antiguo mentor decidió entonces que cuando zarpásemos rumbo a las Islas del Margen, el bufón no nos acompañaría.*

La primavera había llegado al castillo de Torre del Alce. El lúgubre edificio de piedra negra permanecía sospechosamente agazapado sobre los abruptos precipicios que se erigían frente a la ciudad, pero en las sinuosas colinas que se extendían por detrás de la fortaleza la hierba reverdecía con optimismo entre el pasto pardusco que quedaba del año anterior. Los bosques desnudos estaban moteados por las diminutas hojas verdes que comenzaban a desplegarse entre el ramaje. Los montículos de quelpos muertos que se formaban en invierno a lo largo de las playas cenicientas que bordeaban el pie de los acantilados habían sido arrastrados por las mareas. Las aves migratorias habían vuelto y su canto bullía desafiante entre las colinas boscosas y a lo largo de las playas donde las aves marinas contendían por ocupar los mejores puestos de anidamiento que los acantilados les ofrecían. La primavera había invadido incluso los pasillos sombríos y las cámaras de techos altos del castillo, ya que una abundancia de ramas nevadas de brotes y de flores prematuras embellecía todos los rincones y enmarcaba las entradas de las salas.

Los vientos, que ahora soplaban más cálidos, parecieron arrastrar mi pesadumbre consigo. Ninguno de mis problemas y preocupaciones había terminado de desaparecer, pero la primavera puede aplacar multitud de temores. Mi condición física había mejorado; me sentía más lozano que cuando tenía veinte años. No solo estaba recuperando el volumen y los músculos, sino que de pronto poseía el cuerpo que tendría un hombre de mi edad que se encontrara

en buena forma. El severo proceso de curación al que me sometió el inexperto destacamento había hecho desaparecer también las viejas heridas. Ya no quedaba rastro alguno de los daños que sufrí a manos de Galeno mientras este me enseñaba a Habilitar, de las lesiones que conservaba de mi época de guerrero ni de las marcadas cicatrices que tenía a consecuencia de la tortura que se me infligió en las mazmorras de Regio. Apenas si padecía dolores de cabeza, no se me nublaba la vista cuando me cansaba ni se me agarrotaba el cuerpo a consecuencia del frío de la madrugada. Ahora habitaba en el cuerpo de un animal sano y fuerte. Pocas cosas resultan tan vigorizadoras como un estado de salud óptimo en una despejada mañana de primavera.

Me hallaba en lo alto de una torre contemplando el mar en retirada. A mis espaldas, una hilera de cubos llenos de tierra recién abonada sostenía un conjunto de árboles frutales engalanados de flores blancas y rosáceas. De un grupo de macetas más pequeñas brotaba una red de parras cargadas de yemas crecientes. Las largas hojas verdes de los bulbos se alzaban como exploradores enviados a probar el aire. Algunos de los tiestos solo contenían tallos desnudos y pardos, aunque la promesa estaba ahí, todas las plantas a la espera de que los días se tornaran más cálidos. Entre las macetas había dispuestas con ingenio diversas estatuas, así como varios bancos que invitaban a descansar en ellos. Unas velas protegidas aguardaban la llegada de las apacibles noches estivales para espantar la oscuridad con su resplandor. La reina Kettricken había acondicionado el Jardín de la Reina a fin de devolverle su antiguo esplendor. Este refugio elevado era su dominio particular. La sencillez que lo caracterizaba en la actualidad reflejaba sus raíces montañosas, aunque su existencia se debía a una antiquísima tradición de Torre del Alce.

Di una vuelta con paso impaciente por el camino que circundaba el vergel y me obligué a detenerme. El muchacho no se estaba retrasando. Yo había llegado con dema-

siada antelación. Que los minutos se me hicieran eternos no era culpa suya. La emoción guerreaba con la reticencia mientras esperaba a mantener mi primer encuentro en privado con Vencejo, el hijo de Burrich. Mi reina me había encomendado que lo instruyera en las letras y las armas. La tarea me aterraba. El muchacho no solo portaba la Maña, sino que además no cabía duda alguna de su testarudez. Estos dos aspectos, combinados con su inteligencia, podían meterlo en muchos problemas. La reina había decretado que los Mañosos debían ser tratados con respeto, aunque muchos seguían convencidos de que la mejor forma de curar la magia de las bestias consistía en recurrir a la soga, el puñal y la hoguera.

Entendía por qué la reina me había confiado la formación de Vencejo. Su padre, Burrich, lo echó de casa al ver que el muchacho se negaba a renunciar a la Maña. Sin embargo, dedicó varios años a educarme cuando yo no era más que un crío abandonado por mi regio padre, un bastardo al que no se atrevió a reconocer. Lo justo era que ahora yo hiciese lo mismo por el vástago de Burrich, aunque no pudiera decirle que tiempo atrás fui Traspié Hidalgo ni que su padre me tuvo a su cargo. Y así, me encontraba esperando a Vencejo, un chiquillo escuálido de diez veranos, tan nervioso como si tuviera que enfrentarme a su progenitor. Aspiré una profunda bocanada del aire fresco de la mañana. La fragancia que despedían las flores de los árboles frutales lo endulzaba. Me consolé pensando que esa tarea no se prolongaría demasiado. Muy pronto partiría con el príncipe rumbo a Aslevjal, territorio de las Islas del Margen. Sin duda soportaría tener que instruir al muchacho hasta entonces.

La magia de la Maña te hace consciente de otra vida, de modo que me volví antes incluso de que Vencejo abriera la pesada puerta. La cerró con delicadeza. A pesar del largo ascenso por la empinada escalera de piedra, no le costaba respirar. Me mantuve oculto tras el velo de las flo-

res nacientes y lo estudié. Vestía el azul de Torre del Alce, el atuendo sencillo que correspondía a los pajes. Chade tenía razón. Llegaría a ser un magnífico hachero. Era delgado, un rasgo común entre los muchachos más activos de su edad, pero los bultos que sus hombros formaban en el chaleco prometían que igualaría a su padre en corpulencia. Dudaba que llegase a destacar por su estatura, aunque alcanzaría la anchura necesaria para compensarlo. Tenía los ojos negros de su padre y el mismo cabello moreno y rizado, aunque se intuía algo de Molly en el contorno de su mentón y la forma de sus ojos. Molly, la mujer a la que un día perdí y esposa de Burrich en la actualidad. Tomé una bocanada de aire lenta y profunda. Esto podía llegar a ser más difícil de lo que imaginaba.

Lo vi percatarse de mi presencia. Me mantuve inmóvil y dejé que me buscara con los ojos. Durante unos instantes los dos permanecemos quietos, mudos. Después el muchacho zigzagueó por los pasillos sinuosos hasta que se detuvo ante mí. Me saludó con una reverencia demasiado ensayada para resultar elegante.

—Mi señor, me llamo Vencejo Mañoso. He recibido instrucciones de presentarme ante vos y, por lo tanto, aquí me tenéis.

Observé que se había esforzado por aprender los protocolos de la corte. Aun así, que incluyera una referencia a la magia de las bestias en su nombre parecía un desafío grosero, como si pretendiera averiguar si la protección que la reina ofrecía a los Mañosos servía también aquí, a solas conmigo. Me sostenía la mirada de un modo directo que cualquier noble habría considerado atrevido. Sin embargo, me recordé a mí mismo, yo no era ningún noble. Así se lo indiqué.

—Yo no soy el «señor» de nadie, muchacho. Soy Tom Mechatejón, hombre de armas de la Guardia de la Reina. Puedes llamarme maestro Mechatejón, y yo te llamaré Vencejo. ¿Estás de acuerdo?

El muchacho pestañeó dos veces y asintió. De pronto, recordó que eso no era lo correcto.

—Estoy de acuerdo, señor. Maestro Mechatejón.

—Muy bien. Vencejo, ¿sabes por qué te han dicho que vengas a verme?

Se mordió el labio superior, dos mordisquitos rápidos, tras lo cual respiró hondo y respondió con la mirada baja.

—Supongo que he importunado a alguien. —A continuación volvió a mirarme de súbito a la cara—. Pero no sé lo que he hecho, ni a quién. —En un tono casi desafiante, añadió—: No puedo cambiar lo que soy. Si se trata de que porto la Maña, en fin, no me parece justo. Nuestra reina ha dicho que mi magia no debería ser motivo para que se me trate de un modo distinto.

Se me cortó la respiración. Su padre me miraba desde aquellos ojos negros. La inflexible franqueza y la determinación de decir la verdad las había heredado de Burrich. Y aun así, en su premura incontenible, percibí el genio vivo de Molly. Por un momento, me quedé sin palabras.

El muchacho interpretó mi silencio como una muestra de desaprobación y bajó la mirada. No obstante, mantuvo los hombros cuadrados; no sabía qué falta había cometido y no mostraría arrepentimiento hasta que se le informara de ella.

—No has importunado a nadie, Vencejo. Y ya tendrás ocasión de comprobar que para algunos de los que residen en Torre del Alce tu condición de Mañoso carece de importancia. No es esa la razón por la que te hemos separado de los demás niños. De hecho, este cambio es por tu bien. Has demostrado poseer un dominio de las letras muy superior al de los demás muchachos de tu edad. No queríamos mandarte con un grupo de alumnos mucho mayores que tú. También se decidió que podrías beneficiarte de la instrucción en el manejo del hacha de guerra. Creo que ese es el motivo por el que se me encomendó tu aleccionamiento.

Irguió la cabeza de pronto y me miró entre confundido y consternado.

—¿El hacha de guerra?

Asentí, tanto para él como para mí mismo. Ya estaba otra vez Chade con sus viejos trucos. Estaba claro que nadie le había preguntado al muchacho si le interesaba aprender a empuñar un arma de ese tipo. Sonreí.

—Sí, el hacha de guerra. Los hombres de armas de Torre del Alce recuerdan que tu padre sobresalía en el manejo del hacha. Puesto que has heredado su complexión y su aspecto, sería natural que tú también utilizaras su arma preferida.

—Yo no me parezco en nada a mi padre. Maestro.

Estuve a punto de proferir una carcajada, no de gozo, sino porque el muchacho nunca me había recordado a Burch tanto como ahora. Se me hacía raro tener que mostrarme severo cuando me escrutaba con los ojos negros de su progenitor. Sin embargo, su actitud no era la apropiada en un joven de su edad, de manera que le respondí en un tono neutral:

—Te pareces lo suficiente, en opinión de la reina y el consejero Chade. ¿Te opones a lo que han decidido para ti?

Sopesó todos los factores. Supe en qué instante tomó una decisión y casi llegué a ver cómo trabajaba su cabeza. Podría haberse negado. En ese caso, se le habría acusado de desagradecido y se le habría enviado de regreso a casa, con su padre. Lo mejor sería agachar la cabeza, asumir una tarea que le desagradaba y quedarse en el castillo. Así, respondió con la voz contenida:

—No, maestro. Acepto lo que han decidido.

—Eso está muy bien —dije con falso entusiasmo.

No obstante, sin darme tiempo a continuar, Vencejo me informó:

—Aunque yo ya domino un arma. El arco, maestro. No lo había mencionado antes porque no pensé que pudiera

interesarle a nadie. Pero si voy a recibir adiestramiento para el combate y para servir como paje, ya tengo un arma predilecta.

Interesante. Lo miré en silencio por un momento. El parecido que guardaba con Burrich me hacía intuir que no presumiría de habilidades ficticias.

—Muy bien. Ya habrá ocasión de que me demuestres tu destreza con el arco. Pero primero nos centraremos en otro tipo de lecciones. Para ello, se nos ha concedido acceso a los manuscritos de la biblioteca de Torre del Alce. Es un gran honor para los dos. —Esperé a que respondiera.

Inclinó la cabeza para asentir y, al recordar sus modales, afirmó:

—Sí, maestro.

—Bien. Entonces preséntate aquí mañana. Dedicaremos una hora a leer documentos y a escribir, y después bajaremos al campo de armas. —De nuevo, le di tiempo para responder.

—Sí, maestro. ¿Maestro?

—¿Ocurre algo?

—Soy un buen jinete, maestro. Estoy un poco oxidado. Durante este último año mi padre no me ha permitido acercarme a sus caballos. Pero también se me da bien montar.

—Me alegra saberlo, Vencejo. —Sabía lo que el niño esperaba. Estudié su rostro y vi cómo la luz que desprendía se atenuaba al oír mi respuesta. Mi reacción fue casi instintiva. Un joven de su edad no debería estar pensando en vincularse a un animal. Aun así, cuando bajó la cabeza con desilusión, recordé la soledad que me había acompañado a lo largo de los años. Burrich también hizo todo cuanto estuvo en su mano para impedir que me vinculara a una bestia. Aunque ahora supiera que lo hizo por mi bien, seguía recordando el aislamiento que entonces me asfixiaba. Carraspeé y procuré que mi voz sonara firme y natural cuando le respondí—: Muy bien, Vencejo. Preséntate aquí mañana.

Ah, y ponte la ropa vieja. Tendremos que ensuciarnos y terminaremos sudando.

El niño pareció acongojarse.

—¿Bien? ¿Ocurre algo, muchacho?

—Er... Maestro, no puedo. Es... Quiero decir, ya no tengo la ropa vieja. Solo los dos trajes que me dio la reina.

—¿Qué ha pasado con la ropa?

—La... La quemé, maestro. —De pronto pareció retarme. Me miró a los ojos con la mandíbula apretada.

Pensé en preguntarle por qué. No lo necesitaba. Su actitud lo decía todo. Se había propuesto acabar con todo cuanto guardase relación con su pasado. Me pregunté si debía obligarlo a admitirlo en voz alta, pero después concluí que no ganaría nada con ello. Seguramente se avergonzaba de haber desperdiciado un atuendo tan práctico. Me pregunté cuán agrias serían las diferencias que lo distanciaban de su padre. De súbito el azul del día pareció deslavarse. Encogí los hombros, ignorando el asunto.

—Ponte lo que tengas, entonces —le indiqué con sequedad, esperando no parecerle demasiado severo.

Se quedó quieto, mirándome, hasta que caí en la cuenta de que no le había dado permiso para marcharse.

—Puedes retirarte, Vencejo. Nos veremos mañana.

—Sí, maestro. Gracias, maestro Mechatejón. —Ejecutó una reverencia, rígida pero correcta, y titubeó de nuevo—. ¿Maestro? ¿Puedo haceros una última pregunta?

—Por supuesto.

Miró a nuestro alrededor en actitud recelosa.

—¿Por qué tenemos que reunirnos aquí arriba?

—Es un lugar tranquilo. Agradable. Cuando tenía tu edad, odiaba quedarme dentro los días de primavera.

La explicación sacó una sonrisa tímida a su rostro.

—Yo también, maestro. Tampoco me gusta que me prohíban acercarme a los animales. Supongo que se debe a la llamada de mi magia.

Deseé que se esforzara por ignorarla.

—Quizá. Y quizá deberías pensarlo dos veces antes de responder a esa llamada. —Esta vez me cercioré de manifestarle mi desaprobación endureciendo la voz.

Se estremeció y, a continuación, pareció indignarse.

—La reina dice que mi magia no debe importarle a nadie. Que nadie ha de menospreciarme por poseerla.

—Así es. Pero tampoco te tratarán bien por llevarla en la sangre. Te sugiero que lleves el asunto de tu magia con discreción, Vencejo. No lo comentes con otras personas antes de conocerlas bien. Si quieres saber cómo sacar provecho de la Maña, te recomiendo que prestes atención a Telaraña el Mañoso cuando cuente sus historias junto al hogar por las noches.

Antes de que terminase de hablar, el muchacho ya me estaba mirando con el ceño fruncido. Le di permiso con sequedad para marcharse y se retiró. Me pareció que empezaba a comprender su comportamiento. Su condición de Mañoso era lo que lo enfrentaba con su padre. Desafió a Burrich y huyó a Torre del Alce, decidido a vivir sin esconder la Maña en la tolerante corte de la reina Kettricken. Pero si el muchacho creía que portar la magia era cuanto necesitaba para ganarse su sitio, en fin, pronto le sacaría esas fantasías de la cabeza. No le prohibiría utilizar la magia. Pero el modo en que alardeaba de poseerla, como quien agita un andrajo ante un sabueso para ver cómo reacciona, me inquietaba. Tarde o temprano, se toparía con algún joven noble que estaría encantado de retarlo por poseer la vil magia de las bestias. La tolerancia era algo impuesto, una actitud demasiado difícil de asimilar para los muchos que aún sentían un profundo desprecio por nuestro don. La conducta de Vencejo hizo que abrazara con mayor fuerza todavía mi decisión de no revelarles que yo también portaba la Maña. Bastante peligroso era ya que presumiese de su condición como para además confesarle la mía.

Seguí contemplando el formidable espectáculo del mar y el cielo. Conformaban un panorama muy evocador, impo-

nente a la vez que reconfortante en su cotidianidad. Después me obligué a mirar hacia abajo, por encima del pequeño muro que me separaba de una caída mortal. Me obligué a mirar hacia abajo. Tiempo atrás, agotado tanto física como mentalmente por el Maestro de la Habilidad Galeno, intenté tirarme desde este mismo parapeto. Fue Burchich quien me sujetó para impedírmelo. Me llevó a sus aposentos, me curó las heridas y me vengó enfrentándose al Maestro de la Habilidad. Aún se lo debía. Tal vez aleccionar a su hijo y mantenerlo a salvo en la corte fuese el único modo que tenía de agradecerse. Me aferré a esa idea para apuntalar el escaso entusiasmo que la tarea me producía y abandoné la terraza. Tenía que salir corriendo a otra cita, y el sol me decía que ya casi llegaba tarde.

Chade había hecho saber que ahora sería él quien se encargaría de instruir al joven príncipe en el uso de la Habilidad heredada. Este giro de los acontecimientos me alegraba al tiempo que me desazonaba. El anuncio significaba que ya no era necesario que el príncipe Dedicado y él se reuniesen en secreto para este propósito. Que el príncipe se hiciera acompañar de su sirviente retrasado durante las lecciones se consideraba una especie de excentricidad. Nadie en toda la corte sospecharía que Tordo era el compañero de clase del príncipe, ni que de hecho la ancestral magia de los Vatídico se manifestaba con mucha más fuerza en él que en cualquier Vatídico que viviera en la actualidad. La desazón se debía a que yo, el verdadero instructor de la Habilidad, era el único que debía seguir ocultando su asistencia a tales encuentros. Tom Mechatejón era mi actual identidad, un humilde guardia que no tenía por qué saber nada acerca de la magia de los Vatídico.

Así, salí del Jardín de la Reina, bajé la escalera y crucé aprisa la fortaleza. Desde la sección de los sirvientes había seis entradas al laberinto de observación secreto que serpenteaba por las entrañas del castillo de Torre del Alce. Procuraba utilizar siempre una entrada distinta a la del día